

Plegaria

STA es la tradición: desde aquel día
en que tuvo lugar dicho suceso
jamás la protección de la Señora
hále faltado al mexicano pueblo.

Negar su protección fuera lo mismo
que negar la evidencia del portento
de que la Santa Imagen permanezca
cuál permanece en su famoso templo,

sin que hayan alcanzado á destruirla
las injurias del clima ni del tiempo,
pues la Imagen que hoy vemos y admiramos
la misma es que con sus ojos vieron

cuantos en aquel día memorable,
por singular favor del Padre Eterno,

vieron nacer la celestial pintura
en el ayate del feliz Juan Diego.

¿Qué mayor prueba del sin par milagro
puede á los hombres otorgar el cielo
que esta conservación maravillosa
de un tosco, débil y ordinario lienzo,

que siglo tras de siglo, y día á día,
y á todas horas, á la vista expuesto,
sólo él permanece incorruptible
al tiempo mismo en la vejez venciendo?

Peró no es quien tal prueba necesita
del milagro sin par y sin ejemplo
el católico pueblo mexicano
con quien prodigio tal hizo el Eterno.

Para creer en él, para adorarle
le basta y sobra al mexicano pueblo
ir al santuario, levantar la vista,
y de aquel rostro singular y bello

contemplar la modestia seductora,
la apacible bondad, el dulce afecto
de aquella unión de gracia y hermosura
que de sin par encanto llena el pecho.

¿Qué importa que á la Imagen escarnezca
filósofo ruín, cobarde y necio,
ni que niegue el milagro, la villana
lengua del libre-pensador moderno?

¿Pueden sus teorías dar al hombre
de pobre y de sencillo entendimiento
que á comprender no alcanza el laberinto
de sus sistemas vagos ó groseros,

que tan pronto hacen de él un Dios humano
causa de todo y de sí mismo centro,
como al nivel del bruto le rebajan
porque así suelen ellos parecerlo?

¿Pueden esos sistemas, repetimos,
dar al hombre de humilde entendimiento
á la hora del pesar y de la angustia
un átomo siquiera del consuelo

que al pisar el católico recinto
de algún augusto y majestuoso templo,
siente ese hombre que al postrarse en tierra
levanta el corazón hasta los cielos,

y en las creencias de su fe sencilla
implora con cordial recogimiento
la divina bondad de un Dios clemente,
piadoso, justo, poderoso y bueno?

¡Oh! no, jamás! En el terrible golfo
del mundo y la existencia, no podemos
los que en pobre barquilla navegamos,
recientemente batida por los vientos

de humanas tempestades, hacer rumbo
hacia la entrada de seguro puerto

si no hallamos estrella que nos guíe
en la alma religión en que creemos.

¿A quién en horas de mortal quebranto
las manos suplicantes tenderemos
sino á un Sér Superior que en su clemencia
sea á la humana pequeñez ajeno?

¿Qué puede hacer el hombre por el hombre
en esos días de pesar cruento
en que el más fuerte corazón se quiebra
en pedazos sin número y sangrientos?

¿Qué puede hacer el que de hogar carece,
que puede hacer el miserable hambriento,
contra el cruel egoísmo del que cree
que con un vil mendrugo de pan negro,

puede el hambre saciar de una familia
sin hogar, y sin sol, sin luz ni techo,
y conquistar en pago del mendrugo
la gratitud del hombre y la del cielo?

¡No, veces mil! Al que con noble orgullo
esa ruin caridad vé con desprecio
y más bien que humillarse ante los hombres
toca á la puerta del cristiano templo,

con lágrimas regando sus altares,
llenando con sus ayes y lamentos
el espacio grandioso de las naves,
y á los perfumes de aromoso incienso

que en blancos espirales se levanta
mezcla el perfume de su culto interno
al Dios dispensador de las mercedes
único y solo, perdurable, excelso,

podrá el mundo, fanático llamarle,
reír, quizá, de su cristiano celo,
pero pese á quien pese, si tal hace
ese mundo, es bien digno de desprecio.

Quitad al que padece la esperanza
de encontrar en su Dios calma y consuelo,
y haréis del que padece un miserable,
un criminal, un vil, un sér perverso.

No, filósofos, no: vuestras doctrinas
jamás alcanzarán á convencernos
de que es único alivio á humanos males
tener el corazón marchito y seco.

Para poder vencer, dad muerte antes
á todo noble y digno sentimiento,
y avergonzados de nosotros mismos
quizás vuestros secuaces nos haremos.

Pero mientras exista en nuestras almas
algo de noble, generoso y bueno,
imposible es que en aras del orgullo
la indignidad y el bien sacrifiquemos.

Puñado vil de miserable polvo
jamás, como vosotros, ver queremos

en la modesta fosa donde duermen
de caras prendas los mortales restos.

Desgraciado de aquel que vé en la muerte
de seres que le amaron y quisieron,
súbito alivio de pesada carga
y nueva fuente de placeres nuevos.

Si á obrar así llamáis filosofía,
de vosotros y de ella yo reniego;
tiene quien no respeta á los difuntos
podrido el corazón, podrido el pecho.

Eso no es ser un filósofo ni hombre,
que aun de Dios renegando y de su cielo,
debe quedar al hombre la conciencia
si tenido por tal pretende serlo.

Y ella debe decirle que hasta tanto
no pueda resolver de un modo cierto
á donde va el espíritu que deja
en hora amarga abandonando el cuerpo,

no es fácil que de él pueda esconderse
para así apostatar de su recuerdo,
buscando tras la tumba abandonada
la nueva fuente de placeres nuevos.

Si filósofo es hallarse pronto
á dejar de ser hombre, en el momento
en que un necio egoismo así lo exija,
por Dios que es un sistema bien grosero,

que no vale la pena de estudiarlo
y no es original y no es moderno:
desde que el mundo es mundo le practican
en todas las naciones los perversos.

¡Oh! ¡no! Dejad al pobre y al humilde
que crea en Dios y en su poder eterno;
dejadle que se postre ante la Imagen
que da á su amargo padecer consuelo.

¡Feliz quien cree y por su fe llevado
sus pasos endereza al Santo Templo,
y puede de la tierra desprenderse
en dulce y fervoroso arrobamiento!

Feliz quien cree que rogando humilde
obtendrá su humildad el justo premio,
que merece quien vive trabajado
por la maza cruel del sufrimiento.

Feliz quien cree que podrá algún día
de su existencia en el postrero tercio,
por la bondad de Dios y de la Virgen,
que veces mil su protección le dieron;

serena la conciencia, alta la frente,
de canas honradísimas cubierto,
vivió tranquilamente disfrutando
de un cómodo pasar, de un bien modesto,

al lado de las prendas adoradas
que eternos años le conserve el cielo:

¿de quién sino de Dios podía esperarlo
y mientras lo consigue pretenderlo,

si nunca halló en los hombres otra cosa
que ingratitud ruin y viles hechos,
con que pagaron cuanto bien les hizo,
más de una vez con propio detrimento,

rastrero cuando abajo se encontraban,
soberbios cuanda arriba se creyeron?
¡Ah! sí; dejad al pobre y al humilde
que crea en Dios y en su poder eterno:

dejadle que se postre ante la Imagen
que da á su amargo padecer consuelo.
Dejadle que á ella invoque, que á ella acuda
con dulce y fervoroso acatamiento,
cierto y seguro de encontrar en ella
alivio al padecer; al mal remedio.

No le estorbéis que crea como cree
que por su intervención y valimiento
podrá obtener de la bondad divina
bienes que sólo nos concede el cielo.

Pero ¿por qué razón con voz humilde
que le dejéis creer os pido y ruego
cual si alguna mereed, favor alguno,
le pudieseis hacer en concederlo?

Cese mi suplicar; no es necesario
pedir aquello que tomar podemos:

los fieles á su Dios lo serán siempre
de vuestras teorías á despecho.

Mientras haya quien sufra y quien espere;
mientras haya quien mire el firmamento
como mansión de Dios que lo ha creado
para su gloria y su loor eterno;

Mientras haya quien crea que algo existe
tan grande, tan sublime y justiciero
que no puede dejar al delincuente
sin el justo castigo de sus yerros;

y á quien cumplió su ley á quien le adora
no niega nunca el merecido premio,
no faltará jamás, Divina Imagen,
quienes acudan á tu santo templo;

quienes postrados á tus piés de hinojos
celebren, Madre Virgen, el portento
de que tu santa Imagen permanezca
incorruptible, eterna, cual la vemos

sin que hayan alcanzado á destruirla
las injurias del clima ni del tiempo,
la eterna maravilla proclamando
al tiempo mismo en la vejez venciendo.

Católicos, orad; la Virgen Madre
por Dios impresa en el sagrado lienzo,
escuchar nuestras súplicas fervientes
ofreció al felicísimo Juan Diego.

Católicos, orad; la Virgen Madre
escuchará vuestros fervientes ruegos,
y para que jamás podáis dudarlo
en ninguna ocasión, en ningún tiempo,

hizo en el Tepeyac aquel milagro
que no hizo semejante en otro pueblo:
Virgen de Guadalupe, á tí venimos
de amor por tí los corazones llenos.

Escúchanos, Señora; quizás pronto
pondrás á nuestros males el remedio,
que por ser tú quien eres, nada existe
que no se pueda hacer al tú quererlo.